



CANUTITO

Era el héroe de nuestra historia un joven de quince años, que en sus estudios fué siempre aprovechado, pues con un claro entendimiento, y sobre todo, con una excelente memoria, había logrado salir perfectamente en los exámenes de todas las asignaturas del bachillerato.

Pero con tanto estudio y tanto talento, lástima da decirlo: Canutito era tonto.

Tonto porque no había conversación en que no se metiera.

Tonto porque nada creía ignorar.

Tonto porque á todo se atrevía en la esperanza de ser notable en todo.

Entre todas las cosas que por sus pretensiones le sucedían á menudo, merece especial mención una que le ocurrió en las vacaciones.

El padre de tan *aventajado* joven tenía decidida afición á la caza y era muy diestro, pues se dedicaba á ella frecuentemente y tenía gran experiencia en tal ejercicio.

Solía reunirse con dos amigos, hábiles tiradores también, y juntos pasaban muchos días en el campo, trayendo á su regreso buen número de piezas que atestiguaban su certera puntería.

Canutito, á quien siempre se le antojaba hacer cuanto veía, le dijo á su padre que él también deseaba acompañarle en sus expediciones, y logró á fuerza de insistencia en sus ruegos, que el cariño paternal accediese á su capricho.

Excusado es decir que hizo que le comprasen todos los útiles precisos, sin omitir el más minucioso detalle en el traje y los pertrechos de cazador.

Cuando estuvo ya perfectamente equipado, quiso que su padre le presentase á sus compañeros, y una tarde que se hallaban reunidos para disponer una cacería, el padre, accediendo á sus deseos, dijo á sus amigos:

—Aquí os presento á un nuevo colega, que mañana hará su estreno en el campo.

—¿Cómo?—replicó uno de ellos.—¿Canutito es también cazador?

—Te vas á aburrir—le dijo el otro—si no conoces la caza.

Canutito, algo amostazado, comenzó á decir toda la Historia Natural, que sabía de memoria, y explicó los caracteres, género y familia de la perdiz, el conejo, etc., etc.

—Perfectamente la teoría; ¿pero sabrás tirar á esos animales que tan bien conoces?

Aquí habló de la pólvora, de su composición, de sus clases... en fin, dejó asombrado á aquel reducido auditorio con sus conocimientos, y él quedó satisfecho y orgulloso de su talento y su memoria.

Al día siguiente, según estaba proyectado, salieron al campo, y tanto su padre, cuanto los dos amigos, le hacían por el camino un sinnúmero de advertencias.

Creeréis, jóvenes lectores, que él las agradecía. Todo lo contrario.



Para sus adentros se decía:

—Pues señor, cualquiera diría que era yo un niño de cinco años. ¿Creerán estos señores que es más difícil matar una perdiz que las matemáticas, en que salí sobresaliente?

Yo les haré ver si sirvo ó no, y comenzó á andar más de prisa, hasta que consiguió ir muy delante, con el propósito de ser el primero que disparase, y asombrar con su destreza á aquellos veteranos del oficio.

Era cosa de sumo gusto ver á Canutito con sus polainas, su canana, su morral y su magnífica escopeta, marchar en acecho, preparada el arma, y deseando que una pieza le diese pretexto para inaugurar sus proezas.

De repente, cuando más entusiasmado iba... una liebre, con rápida carrera, pasó entre sus pies, y el gran Canutito dió un salto sorprendido, y no la tiró siquiera.

El padre y sus amigos, que de lejos vieron la escena, comenzaron á reír y á gritarle de tal modo, que el chico, aburrido, no quiso volver más á cazar.

¡Cuántos muchachos creen, como el pobre Canutito, que con lo que aprenden en sus primeros estudios ya tienen bastante para lucirse en todas partes, y cuántas veces se ven en ridículo por atreverse á intentar lo que no saben ni pueden hacer sin la práctica y experiencia que son necesarias!

Recordad, lectores, que hay mil cuestiones en que á los presumidos les sorprende de repente una liebre, como á Canutito, que les desconcierta todas sus vanidosas esperanzas.

Recordadlo, porque á veces *donde menos se piensa, salta la liebre.*



AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

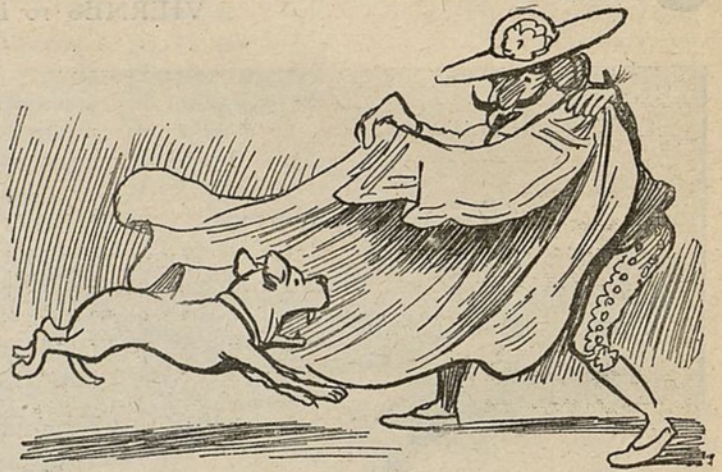
DE LO QUE LE OCURRIÓ AL BARÓN CON UNA CAPA TORERA

Viajando por la bella Andalucía, tuve por conveniente usar la indumentaria que vestía la más flamenca gente, y durante mi viaje por toda aquella tierra dejé el traje de caza y el de guerra, y sólo de *andaluz* usaba el traje. Dicho sea, señores, sin que padezca mi modestia en nada, no había en la ciudad ni alrededores figura más esbelta y más salada. Tanto, que á todas horas escuchaba decir á las señoras: —Allí viene el buen mozo,— y aun alguna añadía:—¡Olé, graziozo!,— y hubo gitano viejo con patillas, que aparejaba un penco, que gritó:—¡Olé en er mundo las canillas! ¡Dios guarde á zu mercé por lo flamenco!

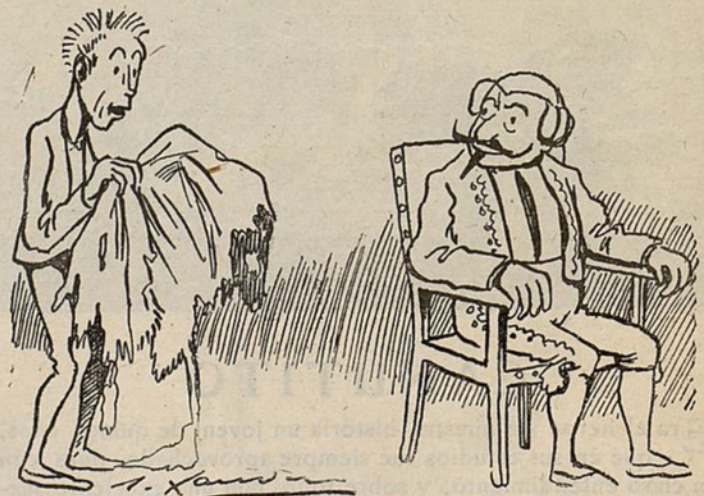


Por esto, aunque en verano me friera (pues el sol apretaba), jamás abandonaba mi capita torera. Recuerdo cierto día de verano en que salí temprano

á dar mi vueltecita acostumbrada, cuando vi de repente que corría la gente de la manera más acelerada. Me llegué á figurar que algún torero, escapado sin duda, los ponía en un brete, y en mi deseo de prestar ayuda, aunque se me tachara de Quijote dije: «les salvaré con mi capote»; aguardé con valor y sangre fría



y cuando ya creía que llegaba el becerro, vi, al echarle la capa, que era un perro. —¿Y por un pobre perro tanto cisco?— dije, y el perro le tiró un mordisco á mi capa y partió como un venablo, cual si le persiguiera el mismo diablo. Volví á mi casa, y la capita aquella, tan airosa y tan bella, prenda que hacía raya en toda Europa, la tiré con pesar al guardarropa.



A los treinta y tres días justamente entra en mi gabinete mi asistente, con los pelos de punta. —¿Qué?—le dije, y el pobre, á mi pregunta, estirando los brazos, me mostró en el momento una casaca azul hecha pedazos y roto mi chaleco ceniciento. —¿Qué pasa—le grité,—que así te pones? ¿Qué son esos jirones que traes á mi presencia? Y contestó el criado estremecido: —¡Ha rabiado la capa de vucencia, y á todas estas prendas ha mordido! Como en aquel entonces no existía Instituto Pasteur, como hay ahora, mandé la ropa mía á casa de una diestra zurcidora. Mas para no volver á las andadas, desde aquella avería uso todas las prendas... vacunadas.

C.



LOS SINDICOS DE LOS PAÑEROS. Del gran pintor holandés cuyo centenario acaba de celebrarse, es el cuadro que figura en esta página y **CUADRO DE REMBRANDT.** representa los síndicos del gremio de pañeros, que Rembrandt retrató con tal verdad, que, como decía Bonnat, «aquello es la misma Naturaleza, viva sana v fuerte». El cuadro está en la casa del artista, en Amsterdam, hoy convertida en Museo.

PEPITO TRÁPALA

(Continuación.)

ESCENA VIII

ELVIRA, después PEPITO

ELVIRA. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuántos disgustos me causa este hermano con sus mentiras!

PEPITO. ¡Ja, ja, ja! ¡Buen jaleo se ha armado...! ¡Qué melones son en esta casa; hasta la señora tragó la píldora!

ELVIRA. ¡Buena la has hecho, Pepe, buena la has hecho!

PEPITO. Es verdad; creo que he ido demasiado lejos en esta broma.

ELVIRA. ¡Buena está la broma! ¡Cara nos va á salir la tal bromita!

PEPITO. ¡No seas inocente! Todo tiene arreglo en este mundo...

ELVIRA. ¿Qué intentas hacer?

PEPITO. ¿Qué intento? Ahora verás. En seguida voy a entrar donde están todos y á decirles que ya estoy curado.

ELVIRA. No te creerán.

PEPITO. ¿Cómo que no? Les diré que un médico ruso, muy sabio, me ha visto y me ha dado una receta tan eficaz, que me ha curado inmediatamente.

ELVIRA. Pero te preguntarán quién te ha llevado á casa de ese médico.

PEPITO. ¡Tonta! Diré... que... al salir furioso por la calle, me vió un caballero y tuvo compasión de mí.

ELVIRA. ¿Y te llevó á ver al médico?

PEPITO. No, no; era el mismo médico, que me llevó á casa de un boticario, donde hicieron á escape la medicina que él me recetó, y así se arregla la cuestión de que en tan poco tiempo me encuentre sano..

ELVIRA. ¿Ves tú cómo todo tiene arreglo...?

PEPITO. ¡A fuerza de nuevas mentiras! ¡Pepito, por Dios, no mientas más; yo te lo ruego...!

ELVIRA. ¿Qué mal hago á nadie? ¡Déjame...!

PEPITO. ¿Y si papá se entera?

ELVIRA. Eso sí que no, ¡cáspital!; precisamente eso es lo que quiero evitar, porque si estos señores creen que sigo malo, son capaces de decírselo, y tiemblo de pensarlo.

PEPITO. Pues haz lo que quieras, pero pronto, no sea que vaya á llegar papá.

ELVIRA. Aún tengo tiempo.

PEPITO. Lo que yo sentiré más será que el Sr. de Ramírez se lo cuente á papá.

ELVIRA. El Sr. de Ramírez?

PEPITO. Lo ha dicho aquí hace un momento.

ELVIRA. ¿Por qué no me lo dijiste en cuanto entré...? ¡Ay, Dios mío!

PEPITO. ¿Ves las consecuencias de las mentiras?

ELVIRA. Déjame de sermones y vámonos corriendo á casa antes de que papá salga, para impedir que venga y le hable el Sr. de Ramírez.

(Se oye la voz del Sr. de García, padre de Pepito y Elvira.)

ELVIRA. ¡Calla!

PEPITO. ¿Qué!

ELVIRA. ¡Me parece oír...!

PEPITO. ¿Sí...?



Gente Menuda

ELVIRA. La voz de papá...
 PEPITO. ¿De veras...?
 SR. DE G. (Dentro.) ¿Dónde están estos niños...?
 PEPITO. ¡Ay! ¡Huyamos...!
 ELVIRA. ¿Qué intentas?
 (PEPITO empieza á correr algo atolondrado, va á la puerta, y como supone que por ella ha de entrar su padre, se detiene un momento indeciso, hasta que al fin se dirige á la ventana, que debe estar muy baja.)
 PEPITO. Por aquí al jardín.
 ELVIRA. No, Pepito, por ahí no... Pepe... Pepe...
 (PEPITO salta por la ventana, ELVIRA da un grito y salta tras él.)

ESCENA FINAL

El SR. DE GARCÍA, MANUEL, ANDRÉS, PAQUITA, JULIA, después PEPITO, y al final, el SR. DE RAMÍREZ.

SR. DE G. ¿Dónde están mis hijos?
 MANUEL. Aquí estaban; sin duda habrán salido al jardín.
 PAQUITA. (Yendo á la ventana.) ¡Ah...!
 SR. DE G. ¿Qué es eso?
 ANDRÉS. (Que se ha acercado á la ventana con los demás niños.)
 ¡Nada... no... no es nada!
 JULIA. ¡Ay, Dios mío! (Llorando.)
 SR. DE G. Algo sucede que me ocultáis.
 MANUEL. No... no...
 SR. DE G. Dejadme, niños, dejadme verlo.
 TODOS. (Poniéndose delante para que no se asome.) ¡No, no!
 SR. DE G. ¡Cielos! ¡Mi hija en brazos de mi amigo Ramírez!
 ¡Mi hija desmayada... ó muerta tal vez...!
 PEPITO. (Llega corriendo y se arrodilla á los pies de su padre.)

Mateme usted, papá, máteme usted; soy un asesino.
 SR. DE G. ¿Qué dices? Habla... dílo todo.
 PEPITO. Yo tengo la culpa...
 SR. DE G. ¡Ah, miserable! (Va á arrojarse sobre su hijo, á quien rodean para salvarle todos los niños, y aparece en la puerta el SR. DE RAMÍREZ todo enojado.)
 SR. DE R. Calma, amigo mío, ya ha vuelto en sí... La hemos acostado y espero que no sea grave...
 SR. DE G. Pero explicadme, por Dios...
 PEPITO. Que yo, huyendo, salté por esa ventana, y Elvira, gritándome «¡Por ahí no!», me siguió, temiendo que me cayera al estanque que está debajo, y por salvarme á mí, fué á cogermela, y cayó ella.
 SR. DE G. ¡Alma generosa! ¿Y tú por qué huías!
 PEPITO. Porque no me cogieses en una mentira.
 SR. DE G. ¡Maldecida costumbre de mentir, qué disgustos ocasionas!
 PEPITO. ¡Perdón, padre mío, perdón!

(Cae el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO

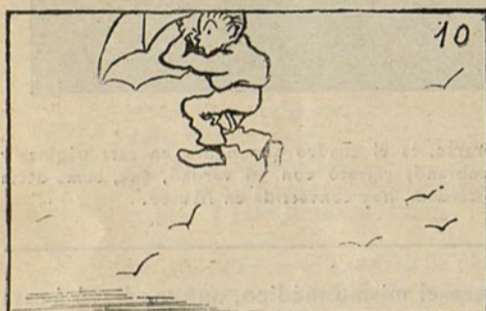
(Se continuará.)

ENIGMA

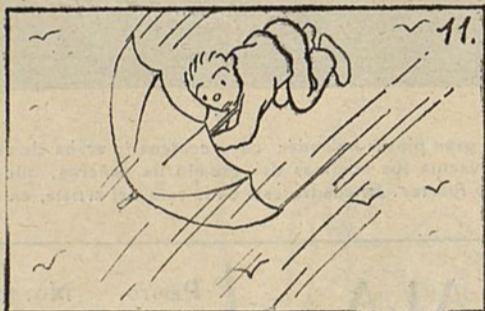
Aunque nunca he sido hereje
 y me gusta hacer el bien,
 condenado estoy al fuego
 y en la hoguera pararé.
 Yo he sido verde en mi infancia,
 me he visto negro después,
 y he de verme pronto rojo
 y he de ser blanco también.

A pesar de tantos cambios
 como he tenido y tendré,
 no he sido camaleón
 jamás, ni lo pienso ser.
 De joven, fui femenino,
 hoy masculino me ven,
 y espero pasar mañana
 á femenino otra vez.

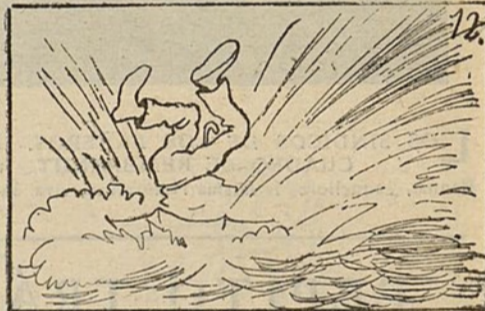
EL PARAGUAS MARAVILLOSO (Continuación.)



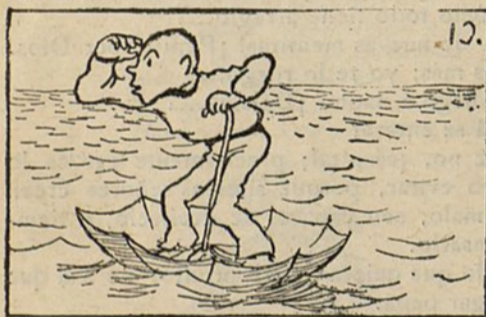
Felipín llegó á alarmarse seriamente porque el viento agitaba el paraguas en todas direcciones.



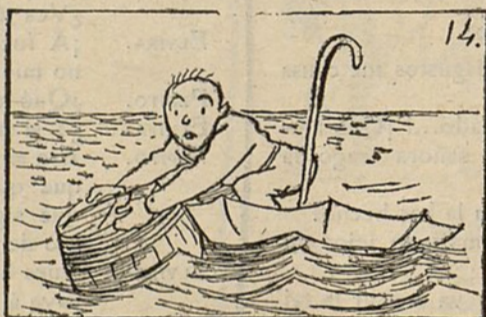
Razón tenía el niño, porque de pronto, ¡zas!, dió la vuelta y comenzó á descender.



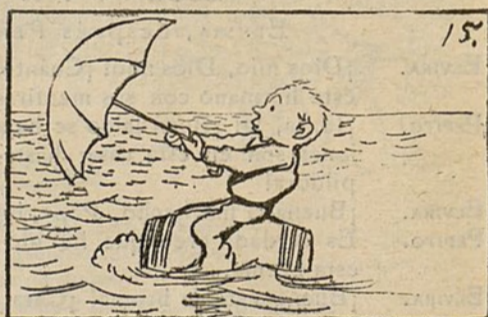
Para mayor desventura, aquella rápida caída vino á terminar en medio de la mar salada.



Menos mal que la posición del paraguas le convirtió en una improvisada embarcación.



Un bulto se acercaba flotando. ¿Un tiburón? No: un barril, que le vino al muchacho á las mil maravillas.



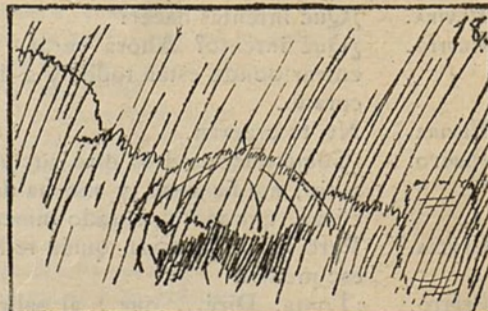
Montado en él, y poniendo el paraguas á favor del viento, la navegación se hizo cosa fácil y expedita.



Al llegar á tierra, el paraguas le sirvió de bichero para atracar.



Felipín, fatigado, se tumbó todo lo largo que era; pero no podía dormir de la sed que tenía



Un nubarrón generoso pasó entonces por encima y dijo: ¡agua va!, y cumplió su palabra... copiosamente (Se continuará.)